



Marta Madrid

Solo  
UN CHIGO  
frente a  
UNA CHIGA





Marta Madrid

Solo  
UN CHICO  
frente a  
UNA CHICA

EDICIONES KIWI, 2023  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, enero 2023  
IMPRESO EN LA UE  
ISBN: 978-84-19147-38-7  
Depósito Legal: CS 957-2022  
© del texto, Marta Madrid  
© de la cubierta, Borja Puig  
© de la foto de cubierta, shutterstock  
Corrección, Paola C. Álvarez

**Código THEMA:**

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**NOTA DEL EDITOR**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A mi familia, Álex y Èric, por el apoyo incondicional.  
Os quiero.



# CAPÍTULO 1

—¡Por Jenna! ¡Que mañana se larga a la ciudad más bonita del mundo para olvidar a cierto individuo!

—¡María! —exclamaron todas al unísono, incluida Jenna.

Estaban celebrando que Jenna se iba de prácticas a un taller de costura para teatro en Londres, su ciudad favorita desde siempre. Ella solía decir que debía haber nacido inglesa, pero la cigüeña se equivocó y la soltó en Barcelona. Incluso tenía pinta de británica: piel clara, ojos verdes y cabello pelirrojo.

—No tengo a nadie a quien olvidar. Pedro y yo no tenemos ni hemos tenido nada serio. Somos amigos con derechos y ya —matizó Jenna, bebiendo un trago de su copa de vino tinto.

—Pues a ver si es verdad y cuando vuelvas, no corres hacia él cada vez que te llama —soltó María, apartando su cabello rizado y rubio de la cara y brindando con Sonia, a su lado.

Sonia no estaba muy animada porque su padre estaba enfermo, pero tenía que despedirse de Jenna, así que intentó olvidar los problemas por una noche.

—No tengo la culpa de que sea tan guapo —confesó la pelirroja.

Todas rieron. También Anna, que estaba mirando a unos chicos de la mesa de al lado que celebraban una despedida de soltero.

Las cuatro amigas eran inseparables desde la universidad. Pero la mejor amiga de Jenna era María, que, aunque un poco brusca, siempre le decía la verdad. Era su consejera oficial y compañera de piso.

—Ahora en serio, lo vas a pasar genial en Londres y seguro que no nos echarás nada de menos entre actores de teatro, musicales y salas de té —comentó María antes de pedir más vino.

—Eres tonta. Seguro que os echo mucho de menos. Además, voy a trabajar, que no todo va a ser fiesta.

Pero esa noche era para celebrar, y la terminaron con demasiado alcohol. La acompañaron todas a casa menos Anna, que se había escapado con uno de la despedida de soltero.

—Asegúrate de que no es el novio —gritó Jenna desde la acera opuesta a la pareja recién formada. Anna se limitó a hacer un gesto feo con la mano, que desencadenó carcajadas en todas sus amigas.

Una vez delante de la casa de los padres de Jenna, Sonia le dio un abrazo largo; Jenna le dijo que la tuviera informada del estado de su padre y que deseaba que se recuperara pronto. Después, se puso delante de María. Qué difícil era despedirse de su mejor amiga. Se conocían desde la infancia y siempre habían estado juntas, además, eran compañeras de piso desde que empezaron la universidad. Se miraron a los ojos y sin decir nada se abrazaron. Sabían que se echarían de menos.

—Llámame siempre que puedas. Y tráeme un inglés para mí.

—Tonta —dijo cariñosamente Jenna con lágrimas en los ojos.



Al día siguiente, Jenna desayunó con sus padres en la cafetería del aeropuerto. Tenía tanto miedo de perder el vuelo que apenas escuchaba a su madre y todas sus advertencias.

—Vigila mucho, hija, que la gente está muy loca.

—Deja ya a la niña, Carmen, que la vas a asustar. Ya está suficientemente nerviosa.

Jenna en realidad solo oía un murmullo y se distrajo viendo a la gente atareada en el aeropuerto. Familias que se reunían y parejas

que se separaban. Y por deformación profesional se fijaba en la ropa de la gente: una chica en pantalón corto que, seguramente, se congelaría en el avión; un chico con camiseta de dibujos animados que cargaba una maleta enorme, demasiado rubio y pálido para ser español, quizás un estudiante de Erasmus que volvía a su hogar... Cuando vio su vuelo aparecer en el cartel de salidas, se despidió con un beso y un abrazo de sus padres. Prometió que comería bien y se abrigaría.

—Que allí, aunque sea verano, refresca por las noches —añadió como colofón su madre.

Subió al avión aliviada de estar sola. Nunca había estado tan lejos de su casa. Aunque se había independizado a los dieciocho años, al empezar la universidad, su piso de estudiantes estaba solo a cuarenta y cinco minutos de casa de sus padres. Ahora sabría de verdad lo que era estar sola, sin amigos y sin poder llenar la nevera de *tuppers* de su madre. Eso la asustaba y emocionaba a partes iguales.

Se sentó en su asiento. Esperaba que los señores Grant, los dueños del taller donde iba a trabajar, fueran gente simpática, ya que tendría que vivir con ellos todo el verano. Por teléfono le pareció que Helen, quien sería su jefa, era una mujer muy adorable, por su voz suave y melodiosa. Miró su móvil. Pedro no había dado señales de vida. Era mejor que dejara de considerarlo amigo, con o sin derechos, en realidad, ni siquiera le importaba ya, aunque un tiempo atrás sí que le habría dolido. Hubo un tiempo en que creyó estar enamorada de Pedro, pero él solo la quería para pasar el rato. Después de sufrir mucho, decidió que el chico, moreno, alto y con ojos azules como el cielo, no servía para nada más que para alegrarse la vista y el cuerpo.

¿Qué le esperaba en la ciudad de sus sueños?, se preguntaba. No tenía ni idea, pero tenía el presentimiento de que el verano se le haría muy corto.



Salió de recoger el equipaje y se encontró a un taxista con su nombre en un papel, como había indicado Helen que harían. Ella había propuesto ir en tren, pero Helen dijo que tardaría horas y estaría agotada, prefería que pudiera pasar la tarde tranquila y empezar a trabajar al día siguiente.

Subió al taxi mientras el conductor dejaba su equipaje en el maletero. Admiró el paisaje verde, los canales y las granjas que se encontraban por todas partes nada más dejar atrás el aeropuerto. Le encantaba ver ese contraste del campo con Londres. Además, en Inglaterra las ciudades no estaban tan juntas como en Cataluña, donde, en muchos casos, una acera de la calle pertenecía a una ciudad y la opuesta, a otra. O como cuando iba en tren por la línea costera y era imposible saber dónde había acabado un pueblo y empezado el siguiente. En Inglaterra podía ver campo, estanques, canales y ríos y no ver ninguna ciudad cerca, y eso le daba serenidad.

En cuestión de una hora, entraron en Londres. Los suburbios con casas bajas o bloques de pisos de tres plantas, de ladrillo visto de distintos colores, iban creciendo progresivamente hasta convertirse en edificios de oficinas altísimos y cada vez más modernos.

Entonces llegaron a Notting Hill, con sus edificios de colores y sus casas blancas victorianas. El taxi la dejó enfrente de una de esas hermosas casas en Pembridge Square. Estaba situada delante de los jardines del mismo nombre, una parcela rectangular con césped, árboles y bancos a la que solo podían acceder los vecinos de esa calle. La casa era bastante grande, de tres plantas y unas escaleras que daban a la entrada del sótano, en estas había un cartel en el que ponía «Helen Grant Fashion Atelier» y una flecha que sugería que

había que bajar las escaleras para acceder a este. Era domingo y pensó que estaría cerrado, así que subió el otro tramo de escaleras que había hasta la puerta principal y llamó al timbre. Estaba nerviosa e impresionada, ese barrio era carísimo y viviría en una casa victoriana en Notting Hill.

Helen Grant abrió la puerta con una sonrisa en la cara. Era una mujer no muy alta, más o menos como Jenna, llevaba el pelo con corte *bob* rubio platino, debía tener unos cincuenta y cinco años, con arrugas de expresión alrededor de los ojos y la boca que mostraban lo risueña que era. Iba elegantemente vestida, como era de esperar. Llevaba una falda lápiz, estrecha y larga hasta las rodillas, de color gris y una blusa blanca con bordados en blanco en el cuello que le quedaban genial con su figura delgada.

—Jenna, querida. Que bien que estés aquí al fin. Ven, vamos a dejar las cosas en tu cuarto. Espero que te guste, tiene vistas a los jardines.

—Muchas gracias. Seguro que está genial —dijo mientras admiraba la casa. Era clásica pero decorada con mucho gusto. Moqueta beis en el suelo y en las escaleras, y un papel a juego en la pared.

—Tiene una casa preciosa, señora —exclamó cuando ya habían llegado al primer piso, donde estaban los dormitorios.

—Cariño, no me hables de usted. Tendremos que pasar muchas horas juntas. Este es tu cuarto —anunció mientras abría una puerta blanca que parecía un acceso a un mundo mágico.

Jenna entró y se le escapó un suspiro. Era una habitación con un papel de pared verde claro, un armario empotrado, una cómoda blanca, un escritorio también blanco con una silla y a su lado un espejo de cuerpo entero. La cama era de matrimonio, con un nórdico a juego con las paredes y unas mesitas de noche pequeñas con unas lámparas clásicas de pantalla. Jenna se acercó a la ventana, apartó la cortina nívea y, efectivamente, podía ver los jardines de la plaza desde allí.

—Señora, perdón, Helen. Esto es demasiado. ¿No necesitáis este cuarto para invitados?

—Tú eres nuestra invitada, querida. El cuarto de al lado es de nuestro hijo. Viene a pasar el verano, llega mañana. Es actor, ¿sabes? Tiene dos años más que tú, seguro que os lleváis maravillosamente. El baño está al final del pasillo.

—Seguro. Muchas gracias, de verdad.

—Te dejo que descanses un rato. En una hora comemos y conocerás a John, mi marido. Si necesitas algo, estaré abajo.

Jenna asintió y en cuanto Helen cerró la puerta, se tumbó en la cama. No había tenido nunca una habitación tan grande para ella sola. Estaba tan contenta que se le habían pasado todos los nervios. Sacó su móvil del bolsillo, que aún no había encendido, y lo puso en marcha. Mandó unos mensajes a su familia para avisar de que había llegado bien y enseguida llamó a María. Debía explicarle a alguien que eso parecía una película.

—¡Jenna! ¿Has llegado bien?

—¡María! Esto es una pasada, la casa parece sacada de *Orgullo y prejuicio*. Y tengo una habitación más grande que nuestro salón.

—Me alegro, Jenna. ¿Es maja tu jefa?

—Creo que me ha llamado «cariño» y «querida» diez veces en quince minutos.

Se rieron las dos un buen rato. Cuando se callaron, Jenna lamentó:

—Ojalá estuvieras aquí.

—Disfruta y tráete un inglés contigo y otro para mí.

Se rieron un rato más hasta que al final se despidieron. Jenna miró a la calle y vio que el sol empezaba a abrirse paso entre las nubes matinales. Parecía que haría calor, calor de Londres, no el de Barcelona, y decidió ponerse un vestido corto por encima de las rodillas y una chaqueta de punto fino negra, por si refrescaba más tarde. Se peinó el pelo pelirrojo en un moño y guardó su ropa en el armario. Enseguida fue la hora de comer.

Bajó las escaleras. Justo debajo de estas, había una puerta que daba a un aseo pequeñito. A la derecha estaba la cocina, pequeña y clásica pero con electrodomésticos nuevos. El olor que emanaba

de ella era tan delicioso que le abrió el apetito. Al lado de la cocina, había un salón comedor grande y luminoso con un ventanal que daba a la entrada principal. Entró. La mesa ya estaba puesta para tres y en una butaca había un señor sentado, leyendo el periódico, que al estar de espaldas no la vio entrar.

—Señor Grant —dijo flojito para no asustarlo.

El señor se giró un segundo, doblando el periódico y dejándolo sobre la mesa de café. Se levantó rápidamente.

—¡Hola! Tú debes ser Jenna. Por favor, llámame John —reclamó, acercándose a ella y tendiéndole la mano. La apretó con seguridad. John era un hombre alto que representaba el dicho de quien tuvo retuvo. Tendría unos sesenta años, con el cabello que en su día debió ser del color de un campo de trigo en verano y que ahora empezaba a dejar paso al blanco de la nieve, pero aún lucía una buena cantidad. Tenía una sonrisa agradable y ojos castaños, vestía moderno, con un jersey de punto y tejanos.

—Encantada, John.

Helen llegó con una fuente de *roast beef* y patatas al horno y se sentaron a comer. A Jenna le pareció que eran una pareja muy simpática, además de ser el retrato perfecto de la educación británica. Se pedían la sal o el pan con un «por favor» y «gracias», acompañado de un «querida» o «querido». En casa de sus padres lo más normal era que se hablaran a voces y pidieran las cosas, simplemente, alargando una mano. Le resultó curioso ver cómo cambiaba la gente dependiendo del país en el que se había criado.

—Mañana te presentaré a todo el mundo en el taller. Carol es mi ayudante y es solo un poco mayor que tú. Seguro que aprenderás mucho de ella —comentó Helen mientras se servía unas espinacas.

—Estoy deseando empezar —dijo Jenna, se moría de ganas de conocer a la gente del taller, a la que la apasionaba la moda tanto como a ella.

—John, mañana deberás ir a buscar a Elijah al aeropuerto. Nosotras estaremos trabajando.

Acabaron de comer con tranquilidad y después Jenna decidió salir a pasear por el barrio para conocerlo mejor. Caminó tranquilamente con una idea en la cabeza, quería llegar a Kensington Gardens. Al pasar por las calles del barrio, fue fichando mentalmente las tiendas que querría visitar durante la semana, ya que el domingo por la tarde estaba todo cerrado. Llegó a los jardines. Ese parque era hermoso todo el año, aunque en verano estaba menos verde y más amarillo, pero estar allí era como teletransportarse al campo. Observó a la gente que, como ella, disfrutaba de ese trozo robado a la ciudad. Se oían risas y gritos de niños. Buscó de dónde venían y vio que estaban jugando en el parque infantil en memoria de Diana de Gales. Había gente corriendo o haciendo yoga, y se acercó al Round Pound, un estanque totalmente redondo, lleno de cisnes y patos. Se sentó en uno de los bancos conmemorativos de su alrededor y se quitó las sandalias para que el césped le hiciera cosquillas en los pies.

Eso era vida. En Barcelona la gente siempre estaba trabajando, corriendo de un lado a otro, y cuando no trabajaban, se dedicaban a comprar. No había parques como ese cerca de su casa. Respiró hondo y cerró los ojos, dejando que el sol acariciara su piel con un calor agradable. Dejó de escuchar, acalló su cabeza y pensó «este es mi sitio».

Por la noche se arrepintió de no haberse llevado crema solar al parque. Su piel, demasiado blanca, no soportaba bien el sol y tenía los hombros rojos como tomates. Hasta los tirantes del pijama le molestaban. Como no podía dormir, bajó a la cocina a por un poco de leche, no se molestó en taparse mucho, pues era ya muy tarde y no se oía nada, así que fue solo con la camiseta del pijama y unos pantalones cortos.

—Hola. —La sorprendió una voz mientras cogía el brik de leche. Soltó un grito y el brik se le cayó al suelo del susto. Al mirar, vio a un chico que se acercaba a ella.

—Shhh. Despertarás a mis padres —susurró mientras cogía un paño de un cajón y se arrodillaba.

—Casi me da un infarto —dijo, arrodillándose también. Cogió el papel de cocina para solucionar el estropicio—. Debes de ser Elijah. Soy Jenna. Tu madre dijo que llegabas mañana.

El chico levantó la vista para mirarla. Le pareció una situación cómica y, aún desde el suelo, le dio la mano.

—Encantado. Sé quién eres. Mi madre me contó que venías. Un conocido me ha traído en su avión privado —explicó, dejando ver una sonrisa amplia y blanca.

Jenna creyó que bromeaba. Se quedó mirando esos ojos marrones y esa cara angulada. Era muy guapo y le sonaba muchísimo. Le dio la mano mientras repasaba sus archivos mentales.

—Elijah... —Encontró el archivo en su mente—. ¡Elijah Grant! ¡Tú eres Elijah Grant!

Se sonrojó al darse cuenta de que le estaba dando la mano a un actor famoso, protagonista de una saga de películas de superhéroes. Soltó su mano y se puso de pie.

—Ese soy yo. —Se levantó también, dejando a un lado el paño y cogiendo más leche de un armario—. Querías leche, ¿no? Yo también quiero.

—No bromeabas con lo del avión privado —dijo, aún petrificada por la impresión.

Se dio cuenta de que el pijama que llevaba era muy corto. «Genial», se dijo.

—No. Es un actor que también viajaba a Londres. ¿Estás bien? —dijo él, dejando un vaso de leche encima del mármol de la cocina.

—Perfectamente. Estoy en la cocina de Elijah Grant; le he tirado la leche al suelo y llevo un pijama que deja poco a la imaginación —dijo, sarcástica, y abrió un armario para taparse las piernas mientras cogía el vaso y empezaba a beber de él.

Elijah soltó una carcajada sonora y sincera. Esa chica extranjera lograría que se le pasara el *jet lag*. Jenna también se rio. Era lo más ridículo que le había pasado en la vida. ¿Y cómo se le hablaba a un actor famoso?

—El pijama está bien, no te preocupes. Deberíamos ir a dormir. Es tarde y tú mañana trabajas con mi madre, ¿no?

Elijah apoyó la espalda en un armario de la cocina y se acabó el vaso de leche.

Jenna asintió mientras miraba de arriba abajo al chico. Era evidente que ese cuerpo solo podía ser de un actor, o de un dios griego. La de horas de gimnasio que tenían ese torso y esos brazos... Y ella estaba allí con su cuerpo «fofisano» en ese minúsculo pijama.

Salieron los dos de la cocina. En el suelo del pasillo estaba el equipaje de Elijah. El chico miró hacia su maleta, se acercó, la abrió y sacó un bote de crema que le dio a Jenna.

—Ten, ponte esto y te ayudará a dormir. En California yo me quemé el primer día también.

Jenna cogió el bote y dijo un gracias, sorprendida de que se hubiera fijado en sus hombros con la cantidad de piel que tenía a la vista.

—Si no te importa, subo yo primero —propuso él, dirigiendo la vista hacia las piernas de Jenna. Eran bonitas, pensó, pero supuso que la chica no querría que él la viera por detrás subiendo las escaleras.

Jenna ató cabos y dijo:

—Oh, claro. Sí. Mejor que vayas tú primero.

—Buenas noches, Jenna. Estoy en el cuarto de al lado.

—Buenas noches, Elijah.

El chico subió las escaleras con una de las maletas de su equipaje. Era enorme, pero la cogía como si fuera una almohada.

Fue Jenna la que, sin darse cuenta, estaba mirando el trasero de Elijah mientras subía, y se regañó mentalmente. Cuando oyó la puerta cerrarse, empezó a subir las escaleras y entró en su cuarto. Se puso la crema que le había prestado y suspiró al sentir el frescor sobre su piel hirviendo. Al menos eso no sería lo que le quitase el sueño.

# CAPÍTULO 2

A la mañana siguiente, Jenna se arregló con una camisa blanca que colocó por dentro de sus tejanos y recogió su cabello en un moño suelto. Quería dar una imagen profesional. Al bajar las escaleras, escuchó a Helen hablando ilusionada con Elijah.

—Mira que no avisarnos de que llegabas antes. Habríamos ido a recogerte —decía mientras servía un café a Elijah en una mesa del comedor llena de comida, como la de un hotel. Olía a *baked beans* y a huevos fritos. Jenna entró dando los buenos días y se sentó en la mesa, observando que, aparte del *english breakfast*, también había tostadas con mantequilla y mermelada, zumo de naranja y cereales.

Todos le dieron los buenos días y siguieron con su conversación.

—Mamá, era muy tarde y no quería que tuvierais que conducir de noche. Para eso están los taxis. Y me lo puedo permitir. — Pareció que convencía a su madre y luego miró un momento a Jenna—. ¿Has dormido bien, Jenna? —preguntó con una sonrisa.

—Espléndidamente. Gracias por la crema, te la devuelvo luego —dijo antes de morder una tostada. Quería tener la boca ocupada porque aún no sabía cómo tratar a Elijah y no se había recuperado de la sorpresa. Era un actor famoso, había visto sus películas.

—No te preocupes, seguro que esta noche necesitarás más. Las quemaduras no se van en un día.

—Gracias —musitó mientras se servía café con leche—. Helen, este desayuno es fantástico.

—Gracias, querida. He supuesto que preferirías un continental y no lo que comemos nosotros.

—Comeré un poco de *baked beans* y huevo.

Se sirvió un huevo frito y judías con tomate de una fuente y los probó. Estaba todo muy rico, mejor que los desayunos ingleses que había probado con anterioridad, pero no pensaba que pudiera comer una ración entera de eso cada mañana.

Cuando terminaron, se levantó de la silla y le deseó un buen día a Elijah. Él la miró y le dijo que igualmente con una sonrisa que le llegaba a los ojos. Parecía un chico normal, con su cabello castaño aún despeinado, una camiseta blanca y un pantalón de pijama negro. Y, además, no parecía tener aires de divo. Elijah notó que estaba incómoda ante él. Tenía la espalda recta y los hombros tensos, como quien no se permite relajarse, y notaba que no sabía cómo hablarle. Tendría que solucionar eso, no quería que la invitada y trabajadora de sus padres estuviera a disgusto por su culpa.

Jenna se escapó un momento al baño antes de ir al taller con Helen. Cogió su móvil y escribió un mensaje a María:

No puedo hablar ahora.

Pero estoy viviendo en casa de Elijah Grant, y él está aquí.

Bajó al taller y Helen le presentó a Carol, su mano derecha. Era una chica rubia de pelo corto y debía tener alrededor de treinta años. Saludó a Jenna con efusividad y le dijo que no se preocupara, que en el taller había muy buen ambiente. Había más trabajadores, una mujer mayor con gafas, Maryanne, que era la jefa de diez costureras. Se las presentaron, pero Jenna sabía que no recordaría los nombres hasta llevar unos días allí; se le daban fatal. El taller consistía en una sala de máquinas de coser, que estaba al fondo, separada por una pared fina con una puerta para apagar el ruido. Delante de la sala de máquinas, estaban las mesas grandes junto a todas las estanterías con telas, pasamanería, hilos y otros materiales. Un poco a la derecha, había un par de probadores. El lugar tenía mucha luz para ser un sótano, ya que lo habían pintado todo de

blanco. Las estanterías lo eran también y las mesas, de una madera clara. Lo único que era de colores eran las telas y complementos de las estanterías. Era un lugar bastante bonito para trabajar.

Helen reunió a todos a su alrededor y explicó lo que tenían que hacer esa jornada. En unos días recibirían la visita de la diseñadora de una compañía de teatro, iban a representar *Romeo y Julieta* en The Globe el siguiente otoño, debían ponerse manos a la obra con los diseños e instrucciones que esta les había hecho llegar. Helen esparció encima de la mesa los bocetos y descripciones, después mandó a Carol a asegurarse de que tenían las telas requeridas. Jenna recibió la orden de pegarse a ella como una lapa para aprenderse los nombres y usos de los textiles.

—Te va a gustar trabajar con Helen, es exigente pero es muy buena persona —le dijo Carol mientras buscaba las telas más medievales que pudiera encontrar. En aquella época se utilizaba la lana, el lino, la batista y la seda, siendo esta última utilizada en mayoría por la nobleza.

—Sí. Helen y John parecen buenísimas personas, me han acogido en su casa como una más de la familia —dijo mientras admiraba la pasamanería que colgaba de una estantería. Era dorada y parecía antigua.

—¿Has conocido ya a Elijah? Es muy buen chico también.

—Sí, pero me preguntaba... ¿no se le han subido los humos a la cabeza con lo de ser una estrella de cine?

No conocía a ningún famoso y con el poco rato que había visto a Elijah no podía saber si era un engreído o no. La noche anterior le pareció bastante majo, se rio con ella y le prestó la crema. Pero se hablaba tan mal del mundo del cine que Jenna no sabía qué pensar.

—¿Elijah? ¡Qué va! Hace diez años que empecé a trabajar aquí y este chico se ha esforzado mucho para llegar donde está. Los engreídos son los que se han hecho famosos por casualidad.

Jenna se quedó pensando en eso un rato. Quizás debería conocerlo, pero no se fiaba de alguien que se dedicaba a fingir como profesión.

Pasaron la mañana preparando telas, calculando los metros que iban a necesitar y haciendo los pedidos.

Jenna estaba apuntando en una plantilla de Excel los textiles que faltaban cuando alguien llamó a la puerta y hubo un revuelo en el taller. Levantó la vista y vio a Elijah rodeado de las trabajadoras. Jenna pudo notar que las costureras más mayores lo conocían desde pequeño, lo abrazaban con confianza y le decían lo cambiado que estaba en tono maternal. Carol lo saludó como quien saluda a un amigo. Helen se acercó al grupo en ese instante.

—Elijah, no me alborotes el gallinero, cariño. ¿Vienes a saludar a tu pobre madre? —preguntó Helen con sorna.

—En realidad, no —dijo, dirigiendo la mirada hacia Jenna—. Me preguntaba si podía llevarla a comer un sándwich. Ya ha acabado su turno, ¿verdad? —Sonrió y Jenna tragó saliva, incómoda.

—Sí, claro, hijo, si ella quiere, podéis iros.

Elijah se acercó a Jenna y le preguntó bajito si le apetecía salir a comer al *pub* que había cerca del parque. El joven no estaba muy seguro de que aceptara, parecía más incómoda aún que por la mañana. Jenna se sonrojó un poco, pero pensó que no tenía nada que perder, además, no conocía a nadie en Londres y tampoco quería pasar todo el tiempo sola. Asintió y salieron del taller.

Al salir, él se puso unas gafas de sol y caminaron por las calles, en silencio, hasta llegar al *pub*. Como hacía buen día, se sentaron en una mesa de la terraza, miraron la carta y decidieron qué bocadillos comer. Elijah pidió por los dos y decidió romper el hielo. Pensaba que era mejor ir al grano, quería llevarse bien con la chica que viviría todo el verano en su casa.

—Jenna, no sé si no te caigo bien o es que se te hace raro hablar conmigo porque soy famoso.

Ella en ese momento estaba observando a los transeúntes. Esa ciudad estaba llena de vida, turistas y gente local yendo de un lado para otro. Cuando escuchó a Elijah preguntarle eso, siguió mirando a la gente y pensó qué era lo que la incomodaba tanto.

—No me caes mal. Pareces un buen chico, pero creo que desconfío de una persona, la profesión de la cual es fingir todo el tiempo —dijo, mirándolo a los ojos.

—¿Crees que finjo cuando no estoy trabajando? —Jenna se encogió de hombros y él continuó—: Nadie puede fingir todo el tiempo, Jenna. Pero, si te quedas más tranquila, te prometo que no voy a mentirte nunca. ¿Amigos? —dijo mientras se quitaba las gafas de sol y le tendía la mano. Eso podía hacerlo. Podía ser sincero y ser él mismo, además, era lo que más le apetecía. Estaba en casa, no quería ser el famoso actor en todo el verano.

Jenna lo miró. Vio su sonrisa, sus ojos eran muy brillantes y de color café. Pensó que eran bonitos y parecían sinceros. Aceptó la mano que le tendía.

—Amigos. Somos compañeros de pasillo, debemos llevarnos bien.

Ambos rieron y empezaron a comer los bocadillos. Jenna miró el suyo con cara de asco, era un sándwich de queso con una salsa marrón muy extraña.

—¿Qué demonios hemos pedido? —dijo mientras levantaba la loncha de pan para observar la salsa marrón.

—Es el *ploughman's*, muy típico de los *pubs* ingleses. Pruébalo. Está más rico de lo que parece —le sugirió mientras le daba un buen mordisco al suyo. La comida de los Ángeles era aburrida. Todo el mundo comía verduras y bebía kombucha todo el tiempo. Echaba de menos la comida grasienta de Londres.

Jenna lo probó sin estar muy convencida, el queso estaba rico y la salsa tenía un sabor avinagrado. No era asqueroso, pero no iba a ser de sus bocadillos favoritos.

—¿Te gusta? —preguntó, intentando descifrar la cara de la chica, pero sin tenerlo muy claro.

—Bueno... No está mal, pero, si quieres ser mi amigo, la próxima vez, mejor comemos una hamburguesa.

Ambos rieron, mucho más relajados los dos.

—Eso está hecho. Ahora cuéntame, ¿qué te ha llevado a hacer las prácticas aquí?

Jenna comió otro bocado de su *ploughman's* mientras pensaba la respuesta. Aunque en realidad no tenía que pensarla mucho.

—Es fácil. Londres es la mejor ciudad del mundo. Estuve por primera vez con el instituto y desde entonces he vuelto casi cada año. Siempre hay cosas por ver. Además que la cultura aquí está mucho más valorada que en España: el teatro, los musicales, los libros... Sabía desde el principio de la carrera que en algún momento pasaría más de una semana en esta ciudad.

A Jenna se le iluminaban los ojos cuando hablaba de Londres y Elijah se quedó embobado viendo toda esa alegría, esa energía que desprendía mientras hablaba de su ciudad. Jenna era una chica peculiar, no había duda.

Acabaron los bocadillos y pidieron unos cafés. Elijah se sentó de lado en el banco y cerró los ojos mientras le daba el sol en la cara, se volvió a poner las gafas de sol.

—Hay que aprovechar el mes de julio, en agosto suele llover —dijo el chico al percatarse de que Jenna lo miraba. A ella le parecía curioso ese amor por el sol de los ingleses, a ella le daba igual. Entendía que los ingleses eran muy blancos por esa falta de horas de sol. Aunque Elijah tenía más color que la mayoría, suponía que por el tiempo pasado en California.

Ella, en cambio, abrió su bolso y se puso una crema solar que había rescatado de su equipaje. No quería volverse a quemar y extendió un poco por la cara y por los brazos.

—Eres muy blanquita para ser española y, además, pelirroja, qué curioso —comentó, mirando a la chica de reojo.

—Siempre me lo dicen. Mis padres dicen que mi bisabuelo materno era pelirrojo, su padre era irlandés. Mi madre es más tirando a rubia, aunque tiene algún reflejo cobrizo. Me habrá tocado su gen.

—Tienes un cabello muy bonito —dijo casi sin percatarse de que esas palabras salían de sus labios, y cuando lo hizo, enrojeció un poco.

Ella sonrió, le dio las gracias, un poco sorprendida por el comentario, y guardó la crema en el bolso otra vez.

Elijah se levantó del banco con una idea en la cabeza.

—¿Has estado en Brick Lane? ¿Te apetece?



# CAPÍTULO 3

Jenna no tenía planes para la tarde. Era su primer día entero en Londres, tenía ganas de ver cosas. Además, no había estado en Brick Lane, pero sabía que esa calle se había puesto mucho de moda en los últimos años. Era famosa por sus tiendas de ropa *vintage* y con carácter propio. Así pasaría más tiempo con Elijah, que estaba consiguiendo convencerla de que era una persona a la que valía la pena conocer.

Elijah se volvió a poner las gafas de sol, fue a pagar y después caminaron hasta la estación de metro de Queensway, la que tenían más cerca, para coger el siguiente tren hasta Liverpool Street Station. Elijah estaba atento a miradas indiscretas. Alguna gente lo miraba de reojo y vio que una chica le hacía una foto con el móvil, probablemente, para subirla a las redes y preguntar si era realmente él. En nada lo encontrarían los *paparazzi*, no lo dudaba. Cuando alguien dejó un periódico olvidado en un asiento, le dijo a Jenna que se sentaran y lo abrió para colocarlo de manera que les tapase la cara a los dos.

—Nos están haciendo fotos —le dijo a Jenna en un tono de voz normal. La persona que hacía las fotos estaba lejos y no podía oírlos. Jenna miró a su alrededor y vio a un par de chicas con sus móviles apuntando hacia ellos.

—Siento que eso te incomode. Debe de ser un incordio —dijo Jenna, intentando ponerse en su lugar. Ella nunca se fijaba en nadie cuando iba por la calle o en el metro. No creía haberse cruzado ninguna vez con un famoso, pero, si lo hubiera hecho, tampoco se habría dado cuenta.

—Que un par de *fans* hagan fotos no me molesta. Pero en cuanto las suban a internet, me encontrarán los periodistas y ellos sí que son muy pesados —se lamentó el chico, mirando de reojo a las chicas, que ya bajaban del tren. Observó que nadie más les prestaba atención, dobló el periódico y lo dejó encima de sus rodillas.

—Me sabe mal que por llevarme a hacer turismo te expongas y te joroben las vacaciones.

Jenna no lo había pensado hasta ese momento, pero el actor la llevaba a sitios muy concurridos y era inevitable que alguien lo reconociese a pesar de llevar gafas de sol. Todo el mundo sabía que él era londinense y su físico atraía muchas miradas, con su camiseta blanca que dejaba ver sus brazos fuertes y dejaba intuir su torso trabajado. Sin hablar de su pelo castaño, un poco largo por arriba, peinado hacia un lado con un poco de fijador, que dejaba al descubierto sus facciones y resaltaba esa marcada línea de la mandíbula. Aunque no hubiera sido famoso, ella se giraría para mirarlo por la calle. Se había quedado embobada mirándolo, casi no lo escuchó cuando él le contestó:

—No te preocupes —aseguró, mirándola a los ojos un segundo—. No voy a quedarme encerrado todo el verano, ¿no crees?

Ella asintió. Al poco rato, llegaron a Liverpool Street Station y decidieron ir por calles poco concurridas hasta Brick Lane, tardaron unos diez minutos en llegar. Era la típica calle inglesa de barrio industrial, con todos los edificios de ladrillo marrón y adoquines en la calzada. Había bastante gente haciendo sus compras, ajetreando mirando sus pantallas, demasiado ocupados para darse cuenta de que un famoso caminaba entre ellos.

Allí miraron algunos escaparates. Había una tienda de pasteles impresionantes, de los que devorarían si quisieran morir de diabetes. Entonces llegaron a una tienda de ropa *vintage*, con el aparador exterior de madera oscura, llamada Honky Dory. A Jenna la volvía loca ese tipo de ropa y entraron. Era una tienda estrecha y llena hasta los topes, no cabía un alfiler. Las paredes de ladrillo casi no se apreciaban de la de prendas y adornos que colgaban de ellas.

Había abrigos, vestidos, faldas, sombreros, blusas y camisas, tanto de hombre como de mujer.

Entonces, en un maniquí sin cabeza, Jenna vio un vestido que le pareció hermoso. Era de tirantes, de escote recto, estrecho de cuerpo y la falda se abría desde las caderas; era de color azul cielo oscuro y el cuerpo tenía rayas blancas horizontales con topos negros dentro. A lo largo de la falda se extendían las mismas rayas en vertical. Jenna se quedó mirándolo, le encantó el contraste de colores y su forma; era el típico vestido de los cincuenta.

—Pruébalo. Es muy bonito —dijo Elijah al ver que los ojos brillantes de la chica se clavaron en la prenda. Jenna lo miró a él un segundo y después al vestido, indecisa. Al final se dijo «¿por qué no?», y le pidió a una dependienta, que vigilaba desde el mostrador, que se lo dejase probar.

Se lo puso en el probador que estaba cerca del mostrador. Se miró y vio que le quedaba como un guante. Parecía sacada de la película *Grease*. Abrió la cortina y le preguntó a Elijah, que la esperaba apoyado en la pared, con las gafas de sol en la cabeza y las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Qué tal me queda? —dijo, poniéndose una mano en la cintura como posando.

Elijah se incorporó y la miró. El vestido le quedaba realmente bien. Parecía más alta y dejaba ver sus bonitas piernas, que ya había visto la noche anterior. No había manera de que ese vestido le quedara mal. El escote dejaba ver sus pecas de pelirroja con su piel blanca y sus hombros aún un poco rojos de las quemaduras. Le pareció que estaba guapísima. Tuvo que tragar saliva para contestar justo cuando Jenna empezaba a pensar que no le quedaba bien.

—Te queda perfecto —dijo mientras buscaba algo con que poder dejar de mirar a la chica. Vio una chupa de cuero negra y la cogió—. Pero entonces, yo debería ponerme algo *vintage* también.

Se puso la cazadora, que, encima de la camiseta blanca, le hacía parecer un motero. Jenna, admirando lo que veía, pensó que no

había nada mejor que un chico con esa combinación de prendas. Era como ver a John Travolta.

—Parecemos sacados de una película. Te queda muy bien también.

Elijah le cogió una mano y la hizo girar sobre sí misma. Al soltarse, se miraron sonrientes.

—Bien. Nos quedamos las dos prendas.

Salieron de la tienda y Elijah miró la hora. «El tiempo vuela cuando lo pasas bien», pensó. Ya casi eran las cinco de la tarde, así que ¿qué mejor plan que tomar té con pastel de zanahoria?

El salón de té era moderno, con suelos de madera, un mostrador de madera oscura también, las paredes tenían cada una diferentes acabados. La de detrás del mostrador era de paneles de madera de distintos tipos y colores, la pared del fondo del local estaba decorada con un papel de pared beis y marrón con dibujos que simulaban cuadros antiguos; las mesas y sillas eran todas de distintos juegos y, encima de estas, colgaban del techo luces con cables largos y bombillas desproporcionadamente grandes.

El chico que los atendió reconoció a Elijah y, muy amable, le dijo que era muy fan de sus pelis y que, si necesitaban algo, que lo llamasen. Se presentó como Andrew.

La tarta de zanahoria tenía una pinta estupenda, pensó Jenna, y el té negro con leche que se había pedido también estaba muy bueno.

—Si me llevas a sitios con pasteles tan tremendos como este, te digo yo que seremos buenos amigos —dijo sonriente mientras le clavaba un mordisco al pastel de dos pisos, con cremoso glaseado en el medio y por encima.

Elijah rio mientras probaba el suyo.

—Puedes comerte el mío si quieres. No puedo con tanto azúcar, llevo tanto tiempo sin comerlo que me parece demasiado. Tú, en cambio, no sé dónde metes todo lo que comes. Si yo comiera así, en dos días estaría como un globo.

Le gustaba ver comer a las chicas. En California los pasteles de zanahoria eran casi un pecado. Apenas nadie comía comida basura

o dulces. Le daba rabia tener que controlar todo lo que comía, aunque en vacaciones se daba un poco de tregua, no podía pasarse.

—Creo que tengo el metabolismo muy acelerado, por más que coma, no engordo. Aunque tampoco estoy en forma porque no hago deporte.

Cuando ya llevaban un rato comiendo y tomando el té, hablando de curiosidades de famosos y riéndose, Elijah levantó la vista hacia la calle y vio a gente con cámaras enormes mirando hacia el interior del local.

—Mierda —dijo, poniéndose serio—. Me han encontrado.

Miró a Jenna, que giró su cabeza para mirar a la ventana y, al ver el panorama, se asustó. Elijah colocó su mano encima de la de ella para tranquilizarla, pero ese contacto inesperado la puso aún más nerviosa. Ella volvió la vista hacia él y sus miradas se encontraron.

—Voy a pensar cómo salir de aquí. No te preocupes —susurró él, sintiéndose atraído por sus ojos verdes. Pero no tenía tiempo de atender a sus impulsos. Soltó la mano de Jenna sonrojándose y desvió la mirada hacia Andrew, que pareció darse cuenta de que cada vez había más periodistas fuera. Primero eran solo dos, pero en cinco minutos se habían amontonado como moscas. Elijah llamó al camarero y le preguntó si había alguna puerta trasera por donde poder salir. El chico asintió y les dijo que existía la puerta de servicio que daba a los contenedores de reciclaje y a un callejón.

—Si nos ven irnos, nos perseguirán —observó Jenna.

—No, el callejón al que da la salida no es accesible desde Brick Lane, os perderán de vista —dijo Andrew.

—Genial, primero saldrás tú, Jenna, parecerá que vas al baño y en un minuto voy yo.

La chica asintió. Se levantó, dejando las bolsas con la ropa a Elijah, para que pareciera que de verdad iba al baño, y después se levantó él.

Una vez fuera, Elijah la agarró de la mano y, mirándola a los ojos, le dijo:

—No creo que sepan dónde estamos. Pero mejor corremos un poco para dejarlos atrás, ¿vale?

Jenna aceptó y corrieron por las calles que habían utilizado para ir hasta allí, pero ahora en dirección Liverpool Street. Se pararon un momento para coger aire. Jenna se soltó de su mano para inclinarse hacia delante y recobrar el aliento. Él apenas respiraba con dificultad, se notaba su forma física.

Entonces, oyeron unos pasos rápidos a lo lejos. Elijah volvió a coger de la mano a Jenna y se metieron en el primer portal que encontraron. Para que no los vieran, Elijah se apoyó lo máximo que pudo contra la pared y atrajo a Jenna contra él con su brazo. Ella se puso nerviosa al notar ese cuerpo escultural contra el suyo e intentó no moverse para que no los descubrieran. Los pasos y gritos de los periodistas se oían ya muy cerca.

—Enseguida se irán —susurró en su oído el chico.

Cuando pasaron justo por delante del portal, los dos cogieron aire y se abrazaron fuerte para ocupar el menor espacio posible.

—¿Seguro que tienen que haber pasado por aquí? —dijo una voz masculina, perteneciente a un periodista que se había parado solo a unos pasos de donde se encontraban.

—No lo sé. Volvamos, habrán ido por otra calle o el camarero los habrá escondido en el salón de té.

Elijah y Jenna permanecieron abrazados hasta que los pasos sonaron lejos. Jenna llevaba rato con los ojos cerrados, el corazón a mil por hora, por si los encontraban y por estar abrazada a Elijah Grant, que desprendía un calor descomunal. Elijah aflojó un poco su abrazo, miró a su alrededor y dijo:

—Ya se han ido. —Pero no apartó a Jenna de él. Era agradable notarla contra su cuerpo. Aunque su corazón estaba desbocado y temía que ella pudiera sentirlo. Esperó a que ella se separara por voluntad propia, cosa que hizo en cuanto notó que Elijah había quitado el brazo de su espalda.

Jenna se apartó hasta la pared opuesta del portal, que estaba fría, cosa que agradeció. Inspiró profundamente un par de veces,

evitando mirar al chico a la cara hasta que los colores de sus mejillas se hubieran desvanecido. Él la observó, quiso adivinar qué sentía sobre todo lo que acababa de pasar, y su respiración era, en ese momento, más rápida que después de correr.

—Uff. Entre la carrera y esto, casi saco todo el pastel de zanahoria —soltó Jenna, intentando suavizar la tensión que había entre los dos. Y lo consiguió, porque Elijah se rio, haciendo que ella también rompiera en carcajadas.

—Ahora en serio. Lo siento —dijo él con expresión grave.

Jenna se apoyó en la misma pared que Elijah y le dijo:

—No es culpa tuya que te persigan los periodistas.

—Lo sé. Pero tienen fotos de los dos y mañana todo el mundo se preguntará quién eres. Los titulares dirán: «Visto en Londres a Elijah Grant con una misteriosa chica pelirroja». No quería meterme en esto.

—No pasa nada, Elijah, si te preguntan, les dices la verdad, que soy una estudiante que hace prácticas en el taller de tu madre. No te preocupes por mí. Se olvidarán rápido. —No la hacía gracia que la viera todo el mundo en internet y prensa, pero estaba claro que él sufría la peor parte, ya que de él no iban a olvidarse.

—Estoy muy harto de esta parte de la fama, Jenna. No puedo salir con nadie sin que se metan y lo destrocen todo.

El chico se pasó las manos por la cara en señal de desespero. ¿Es que tenía que estar siempre solo para no perjudicar a los demás?

Jenna sintió mucha pena por él. Se le notaba que había sufrido mucho por culpa del famoseo. Alguna historia tendría que se había ido al traste por el acoso periodístico. Ella quiso animarlo y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Esta vez no han destrozado nada. Hoy lo he pasado genial. Quién me iba a decir ayer por la mañana que huiría de la prensa de la mano de Elijah Grant.

Volvieron a casa con la sensación de que lo sucedido no era importante.

Cuando llegaron, faltaba una hora para la cena. Así que Jenna dijo que iba a hacer un par de llamadas y después se daría una ducha. El chico asintió y entró en el salón con sus padres.

Jenna se tiró encima de la cama, móvil en mano, exhausta por las emociones de su primer día en Londres. Abrió la *app* de mensajes instantáneos y vio que tenía unos cuantos mensajes de María:

¿Estás de coña?

¿Elijah Grant? Jenna, contesta por favor.

¿Jenna?

¡Como no me lo cuentes todo, te mando a un sicario!

Jenna sonrió y llamó enseguida a su amiga. El teléfono no había dado ni un tono cuando la chica ya estaba al otro lado, gritándole al oído.

—Hola, María. Yo también me alegro de hablar contigo —bromeó.

—No te andes con tonterías, Jenna. Venga, cuenta.

Le contó lo ocurrido en la cocina la noche anterior y que no se había fiado de él al principio, aunque era muy majo. Que sí, que era muy guapo y que la invitó a comer un sándwich típico inglés, que habían ido de compras y a tomar el té, hasta que los  *paparazzi*  los persiguieron y huyeron. Lo de que huían cogidos de la mano y tuvieron que abrazarse en un portal era un detalle que guardó solo para ella.

—¡Dios, Jenna! ¡Mañana saldrás en todas partes! Pues líate con él, total, los  *paparazzi*  ya creerán que estáis juntos —gritaba su amiga como loca, obligando a Jenna a mantener el auricular a unos centímetros de su oído.

—¡María! No digas tonterías, por favor. Es una estrella, puede tener a todas las chicas que quiera —dijo Jenna mientras pensaba en el cuerpo escultural del chico.

—Sí, sí. Pero parece que eres a la que tiene más cerca, ¿no? Pared con pared. —Acabó la frase con un tono de picardía.

—Vale, María. Te llamo otro día, que es casi la hora de cenar. Da recuerdos a Sonia y a Anna. Pero no les cuentes lo de Elijah.

—¿Para qué? Ya te verán en Instagram mañana. —Soltó una carcajada.

—Adiós, María.

Se metió en la ducha pensando en su primer día en Londres, el verano prometía ser movidito gracias a la presencia de Elijah. Durante ese día, había podido ver un poco de la personalidad del chico y la verdad era que parecía una persona normal y no le disgustaba en absoluto. Cuando acabó, se vistió con una camiseta blanca y unos pantalones finos de inspiración india estampados en colores vivos, de los que se doblan en la cintura, anchos, que ya había traído al baño. De esa manera, evitaba salir envuelta en una toalla y tener algún accidente con Elijah cerca. Ya había hecho bastante el ridículo con el pijama la noche anterior. Se secó el pelo con una toalla, se puso un espray de agua de mar para darle ondas naturales al cabello y bajó al salón.

En la zona de los sofás estaban John y Elijah viendo un partido de fútbol y, al no ver a Helen, se dirigió a la cocina.

Como había supuesto, Helen estaba ultimando la cena y decidió ofrecerse para ayudarla.

—Hola, Helen, ¿te ayudo a cortar el pan? —dijo, cogiendo el cuchillo que estaba al lado de un gran pan redondo con semillas.

—Cariño, ya casi estoy, no te molestes.

—Helen, quiero ayudar, no quiero dar más trabajo.

—Como quieras, querida. ¿Cómo ha ido la tarde? ¿Os habéis divertido?

—La verdad es que sí. Hemos ido de compras y al final hemos huido de los periodistas —dijo sin darle importancia, pero Helen entristeció.

—Siempre que viene acaban persiguiéndolo. Lo lleva mal. Y lo siento por él y por ti, mañana saldrás en todas partes. Espero que

eso no haga que te apartes de él. Creo que se siente solo y pensé que le iría bien tener a alguien de su edad cerca. —Esos eran los poderes de una madre. Sabía perfectamente cómo era su hijo y se había adelantado a los acontecimientos.

—No te preocupes, Helen. En dos días los medios se olvidarán de mí. Además, yo también necesito conocer gente aquí y tu hijo es buena compañía. —Ese comentario hizo que Helen esbozara una sonrisa, complacida.

Mientras tanto, en el salón, John y Elijah veían el partido en silencio.

—Hijo, ¿te preocupa algo? Hace rato que no dices nada —preguntó el padre. Conocía a su hijo y solo cerraba la boca cuando su cabeza iba a cien por hora por algún motivo.

—Nada, papá. Lo de siempre. Es que es salir a la calle con alguien y a los dos minutos tengo a los periodistas encima. Da igual que esté en Londres o en California. Hoy nos han perseguido y no quiero causarle problemas a Jenna.

«O quedarme solo otra vez», pensó.

—Si crees que tú y Jenna podéis ser amigos, no te preocupes y vive el momento. Ya solucionaremos los problemas a medida que vayan saliendo.

Elijah asintió y, a los pocos segundos, su madre los llamaba a todos a cenar.

Mientras cenaban verduras con pollo a la plancha, Helen le preguntó a su hijo si iba a salir y él dijo que tomaría algo en un *pub* con sus amigos, que hacía tiempo que no los veía. De camino, llamaría a su agente.

—Tengo que avisar a Robert de que mañana, probablemente, estemos en todos los medios y que piense en cómo lo solucionamos —dijo, mirando un momento a Jenna—. No te preocupes por nada.

Jenna negó con la cabeza y le contestó:

—No estoy preocupada, aunque lo siento por ti.

Él sonrió un segundo y asintió a modo de agradecimiento.

Cuando ya se levantaban de la mesa, el móvil de Elijah empezó a sonar insistentemente. Elijah se levantó para cogerlo de encima del mueble del comedor. No le gustó el nombre que vio.

—Mierda, es Rachel.

Descolgó mientras subía rápido las escaleras y decía en tono seco:

—Hola, Rachel, ¿qué quieres?

—Elijah, no llevas ni un día en Londres y ya te han pillado con una chica —dijo la voz aguda americana del otro lado del aparato. Él supo por su llamada que ya habían publicado las fotos.

—¿Cómo lo haces para ser la primera en enterarte de todo? Además, no es de tu incumbencia.

—¿Pero es tu novia o algo?

—No —dijo sin querer dar explicaciones.

Entonces la chica colgó sin decir adiós, como en las películas. Elijah se había quedado parado delante de la puerta de su cuarto. Cuánto odiaba que todo el mundo en Hollywood fuera tan cotilla.

—¿Estás bien? —preguntó Jenna, que subía las escaleras hacia su cuarto.

—Sí. Solo que ya nos han visto en internet. Algunas personas se aburren mucho. Voy a salir ahora y lo arreglaré. Si no estás durmiendo cuando vuelva, quizás quieras repetir el vaso de leche de anoche. —Se rio de su propia broma Elijah y Jenna lo siguió.

—Quizás. Me pondré un pijama de pantalón largo, por si acaso.

Elijah quiso decirle que no hacía falta, pero lo encontró demasiado atrevido. No hacía ni veinticuatro horas que se conocían, pero parecía que eran amigos de toda la vida.

Jenna se despidió y cerró la puerta tras de sí. Escuchó a Elijah coger sus cosas para salir de la casa. Aunque estaba cansada, sentía que quería tomarse el vaso de leche con él cuando llegara.

Elijah mandó unos mensajes y quedó en el *pub* de siempre con su grupo de amigos. Le apetecía disfrutar del aire fresco de la noche temprana. Después, llamó a Robert, su agente.

—Elijah, ¿qué has hecho? Ya está toda la prensa rosa diciendo que si la chica pelirroja es tu novia. Sabes que no interesa que sepan si tienes novia o no.

—Lo sé, Robert. No es mi novia. Es una estudiante que hace prácticas en el taller de mi madre.

—Buena excusa, diremos esto —dijo la voz ronca del agente.

—Que no es una excusa, Robert. Además, me ha llamado Rachel y, con lo cotilla que es, le dirá a todo el mundo que no es mi novia y se acabará todo. Quiero que dejen a Jenna tranquila.

—Rachel seguro que hablará con la prensa. Ya sabes cómo es y más si se trata de ti. De todas maneras, haré un comunicado por redes explicando lo de las prácticas.

—Gracias, Robert. ¿Oye, sabes algo del último *casting*?

Se hizo un silencio, Elijah percibió que no era nada bueno.

—Ven mañana por la tarde a la oficina y hablamos. A las tres.

—Hasta mañana. Adiós.

Colgó con la sensación de que no había ido bien. Pero se fue al *pub* con la intención de divertirse con sus amigos.

Jenna se puso el pijama, de pantalón largo esta vez. Después, encendió la luz de la mesita de noche, apagó la del techo y se tumbó bocarriba en la cama. Escribió un mensaje a su amiga Sonia. Su padre estaba enfermo y la cosa no pintaba bien. Sonia no contestó y escribió a Anna.

Anna, no me has contado qué tal con el de la despedida de soltero.

Al cabo de un segundo, Anna ya estaba en línea y escribiendo. Vivía con el móvil pegado a la mano. El emoticono de la risa acompañado del guiño aparecieron en la pantalla. Eso significaba que había ido bien.

Después, la amiga escribió.

Qué callado te tenías tú lo de Elijah Grant.

Y mandó una foto que había aparecido en la versión digital de The Sun. Eran ella y Elijah en el salón de té, hablando.

Qué mal mientes.

María te ha explicado que vivo en su casa, ¿no?

Lo adivinó porque la chica había puesto poco entusiasmo. Si se acabase de enterar, habría mandado un audio gritando. Jenna las conocía demasiado bien a todas.

Tía, aprovecha que lo tienes pared con pared.

¿No es lo suficientemente guapo para una alegría?

Claro que era suficientemente guapo, muy guapo, de hecho. Pero Jenna decidió cambiar de tema.

El trabajo en el taller es muy interesante, ¿sabes?

Anna rio.

Vale, vale.

Espero que aprendas a hacerme un vestido chulo, o un disfraz de Halloween, de princesa élfica.

Rompieron en carcajadas, hasta que se quedaron sin aire. Una vez pasado el ataque de risa, preguntó:

Anna, vamos a temas serios de verdad.

¿Cómo está el padre de Sonia?

No me ha contestado los mensajes y supongo que no es buena señal.

Lo han ingresado.

La verdad es que no pinta nada bien..

Sonia lo está pasando fatal, pobre.

Me lo imagino.

Dale un abrazo de mi parte, ¿vale?

Cuando se despidió, miró su reloj y vio que había estado una hora hablando con Anna. Para pasar el rato, se puso a cotillear internet para ver los titulares y las fotos que la prensa rosa había publicado.

Elijah había acertado. La mayoría de los titulares decían que el famoso actor había sido visto pasando la tarde con una desconocida pelirroja. Que se los había visto muy a gusto haciendo unas compras y tomando té. Volvió a mirar las fotos. En unas estaban caminando por la calle, con las bolsas de la ropa que compraron, y en otras se reían en el salón de té. La verdad era que sí que se los veía a gusto y ella había disfrutado de la tarde.

Por un momento le vino a la cabeza cuando habían estado abrazados, no, abrazadísimos en el portal, notando el calor de su cuerpo. Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos de su mente. Solo hacía veinticuatro horas que lo conocía, pero había sido muy intenso. Miró las sombras que dejaba la luz en el techo un buen rato, pensando que nunca habría imaginado que en su primer día en Londres acabaría saliendo en la prensa del corazón, huyendo de los *paparazzi*, de la mano de un famoso. Entonces, oyó que llamaban a la puerta muy flojito.

—Pasa —dijo, incorporándose.

—Aún estás despierta —susurró Elijah mientras abría la puerta lo más silenciosamente posible para no despertar a sus padres. Se alegraba de que la chica no se hubiera dormido.

—He estado ocupada.

Elijah entró, se sentó en un lateral de la cama y se dejó caer de espaldas con un suspiro.

—¿Qué tal con tus amigos? —preguntó Jenna sin moverse de su posición e intentó ignorar que un actor famoso estaba tumbado en su cama.

—Bien. Ellos han seguido de fiesta un rato más. Yo no puedo beber mucho alcohol, así que los he abandonado antes de que se desmadrara la noche. Está bien salir con gente que me conoce de antes de ser famoso. Aunque de camino, he visto las fotos en internet y he vuelto a la realidad.

—Deberías estar acostumbrado, ¿no? Ya llevas mucho tiempo en esto.

—Bueno, uno nunca se acostumbra del todo a que analicen todo lo que hace en su vida. Además, esto reduce mis relaciones a gente del mundillo y al final solo hablamos de trabajo —dijo, mirando al techo. A veces se sentía estresado y acorralado. Sacudió la cabeza—. ¿Qué has estado haciendo tú? —preguntó mientras se incorporaba. Se levantó y se sentó a su lado.

—Pues he estado hablando con una amiga y dando explicaciones de las fotos. —Sonrió y se guardó para ella el comentario de sus amigas de que debía liarse con él. Miró unos segundos esos ojos marrones e intensos del chico, la ceja izquierda que siempre estaba despeinada, su cara simétrica y angulada y el hoyuelo en la barbilla. Tuvo que reprimir un suspiro. En persona era aún más atractivo que en las películas. Podría haberse perdido en su cara durante horas. Él la observaba en silencio, fijándose en los ojos verdes con un poco de ámbar en el interior, intentando adivinar en qué estaba pensando esa chica que le parecía de lo más peculiar. Ella volvió a la tierra antes de que el silencio se hiciera incómodo.

—Pienso imprimir estas fotos y guardarlas. Son muy bonitas.

Él bajó de las nubes también y sonrió ante tal ocurrencia. Pensó en que quería repetir, pasar más tiempo con ella, y entonces recordó lo que había hablado con Robert.

—Me gustaría llevarte a más sitios, pero mañana he quedado con mi agente por la tarde. Tenemos que hablar del último *casting* que hice. —Su sonrisa desapareció ante el presentimiento de que Robert no tenía buenas noticias y miró al frente, serio.

Jenna lo notó enseguida. Ese chico era un libro abierto. Se le notaban los sentimientos en su expresión facial a la legua.

—¿Crees que tiene malas noticias?

Elijah asintió, pero no siguió hablando. Jenna entendió que no quería hablar del tema, pero no sabía cómo tranquilizarlo. Así que se limitó a decir:

—Sea lo que sea, cuando vuelvas, ¿vamos al *pub* y lo celebramos o ahogamos las penas? Una copa y una charla siempre vienen bien.

El chico volvió a mirarla y aceptó la oferta. Tenía la sensación de que Jenna tenía un don para hacerle sentir bien. Durante ese largo día, había sabido calmar su mente cuando algo lo preocupaba. Era especial, no había duda.

—Gracias —dijo mientras reprimía las ganas de acariciar ese pelo naranja como el fuego. Tragó saliva—. Debería irme a dormir. Tengo un poco de *jet lag* y no dormí del todo bien anoche.

Se levantó de la cama y Jenna le dio las buenas noches mientras salía por la puerta. Ella se metió en la cama, pensando que durante esa charla había habido silencios largos por las dos partes, e intentó ignorar que esos ojos del color de un bosque otoñal la atraían como la miel a las abejas.